

El Principito

Antoine de Saint-Exupéry

—Capítulos I al IV—



confiar®
en la cultura



Primera edición
Medellín, noviembre de 2019

Edita:

CONFIAR Cooperativa Financiera
Calle 52 N.º 49-40 Medellín - Colombia
confiar@confiar.com.co
www.confiar.coop

Autor:

Antoine de Saint-Exupéry

Ilustraciones:

Antoine de Saint-Exupéry

Diseño e impresión:

Pregón S.A.S.

ISBN: 978-958-52094-3-5

Distribución gratuita

A León Werth

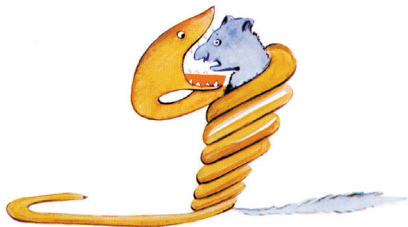
Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una muy seria disculpa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra disculpa: Esta persona mayor es capaz de comprender todo, hasta los libros para niños. Y tengo aún una tercera disculpa: Esta persona mayor vive en Francia donde siente hambre, frío y tiene gran necesidad de ser consolada. Más si todas estas disculpas no fueran suficientes, quiero entonces dedicar este libro al niño que fue, en otro tiempo, esta persona mayor. Todas las personas mayores han comenzado por ser niños (aunque pocas lo recuerden).

Corrijo, entonces, mi dedicatoria:

A León Werth cuando era niño

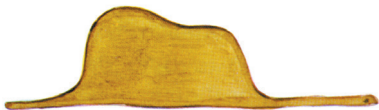
I

Cuando yo tenía seis años vi en el libro sobre la selva virgen *Historias vividas*, una grandiosa estampa. Representaba una serpiente boa comiéndose a una fiera. He aquí la copia del dibujo.



En el libro se afirmaba: “La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego, como no puede moverse, duerme durante los seis meses que dura su digestión”.

Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y logré trazar con lápices de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era de esta manera:



Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

—¿Por qué habría de asustarme un sombrero? —me respondieron.

Mi dibujo no era un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa para que las personas

mayores pudieran comprender. Los mayores siempre tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera, a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor.

Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores son incapaces de comprender algo por sí solas y es muy

fastidioso para los niños darles explicaciones una y otra vez.

Así, tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y, en efecto, la geografía me ha servido mucho; al primer vistazo puedo distinguir perfectamente China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.

A lo largo de mi vida he tenido multitud de contactos con multitud de gente seria. Viví mucho con personas mayores y las he conocido muy de cerca; pero esto no ha mejorado mi opinión sobre ellas.

Cuando me he encontrado con alguien que parecía lúcido, he ensayado la experiencia de mostrar mi dibujo número 1, que he conservado siempre. Quería saber si era verdaderamente un

ser comprensivo pero siempre contestaban: “Es un sombrero”. Me abstenia entonces de hablarles de la serpiente boa, de la selva virgen y de las estrellas. Poniéndome a su altura, les hablaba de su mundo: del bridge, del golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor quedaba contentísima de conocer a un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, sin alguien con quien poder hablar verdaderamente, hasta hace seis años cuando tuve una avería en el Sahara. Algo se había estropeado en el motor de mi avión. Como viajaba sin mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar yo sólo una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte pues apenas tenía agua pura como para ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Estaba más aislado que un naufrago en medio del océano. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una voccecita que decía:

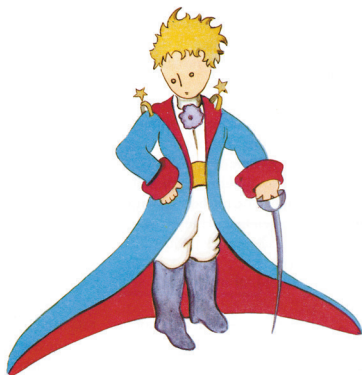
—¡Por favor... píntame un cordero!

—¿Eh?

—¡Píntame un cordero!

Me puse en pie de un brinco y frotándome los ojos miré a mi alrededor. Descubrí a un extraordinario muchachito que me observaba gravemente. Ahí tienen el mejor retrato que más tarde logré hacer de él, aunque reconozco que mi dibujo no es tan encantador como el original. La culpa no es mía, las personas mayores me desanimaron de mi carrera de pintor a

la edad de seis años, cuando sólo había aprendido a dibujar boas cerradas y boas abiertas.



Miré, fascinado, aquella aparición. No hay que olvidar que me encontraba a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo y el muchachito

no parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, de hambre, de sed o de miedo. No tenía la apariencia de un niño perdido en el desierto a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Cuando lo gré, por fin, poder hablar, pregunté:

—Pero... ¿qué haces tú aquí?

Y él repitió suave y lentamente, como algo muy importante:

—¡Por favor... píntame un cordero!

Cuando el misterio es tan impresionante, uno no se atreve a contravenir. Por absurdo que aquello pareciera, a mil millas de distancia de algún lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Recordé que yo había estudiado geografía, historia, cálculo y gramática y le dije al muchachito (algo malhumorado) que no sabía dibujar.

–No importa, ¡Píntame un cordero!

Como nunca había dibujado un cordero, repetí uno de los dos únicos dibujos que era capaz de realizar: el de la boa cerrada. Y quedé absorto al oírle decir:

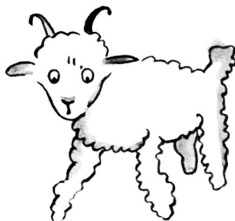
–¡No, no! No quiero un elefante dentro de una serpiente. La serpiente es muy peligrosa y el elefante ocupa mucho sitio. En mi tierra todo es muy pequeñito. Necesito un cordero. ¡Por favor, píntame un cordero!

Dibujé un cordero. Lo miró atentamente y dijo:



–Éste está muy enfermo. Por favor haz otro.

Volví a dibujar.



Mi amigo sonrió gentilmente, con indulgencia, y dijo:

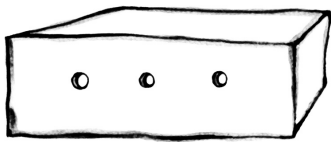
–¿Ves? Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...

Realice nuevamente otro dibujo y también fue rechazado como los anteriores.



–Es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Ya impaciente y deseoso de comenzar a desmontar el motor, tracé rápidamente este dibujo, se lo enseñé, y dije:



–Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro.

Me sorprendí al ver iluminado el rostro de mi joven juez:

—¡Oh, es exactamente como yo lo quería!
¿Crees que se necesite mucha hierba para este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi tierra todo es muy pequeño...

—Será suficiente. El corderito que te he dado también es pequeño.

Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

—¡Bueno, no tanto...! ¡Ah, se ha quedado dormido!

Y así fue como conocí al principito.

III

Necesité tiempo para comprender de dónde venía. El principito, que siempre insistía con sus preguntas, no parecía oír

las mías. Fueron frases al azar las que, poco a poco, me fueron revelando sus secretos. Así, cuando distinguió por vez primera mi avión (no dibujaré mi avión, por tratarse de algo demasiado complicado para mí) me preguntó:

–¿Qué cosa es esa?

–Esa no es una cosa. Es un avión, vuela. Es *mi* avión.

Me sentí orgulloso al decir que mi avión volaba. Él entonces gritó:

–¡Cómo! ¿Has caído del cielo?

–Sí –le dije modestamente.

–¡Ah, es curioso!

Y lanzó una graciosa carcajada que de momento me irritó pues me gusta que mis desgracias se tomen en serio. Después añadió:

–Entonces, ¿tú también vienes del cielo?
¿De cuál planeta?

Esa pequeña luz iluminó un poco el misterio y le pregunté:

–¿Tú... vienes de otro planeta?

No me respondió; solo movía lentamente la cabeza examinando detenidamente mi avión.

–En *esto* no creo que puedas venir de muy lejos...

Y se hundió en un ensueño durante largo tiempo. Había sacado de su bolsillo a mi cordero y se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imagínense cómo me intrigó eso de: *otro planeta*. Y me esforcé en saber algo más:

–¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde está tu casa? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditar silenciosamente me comentó:

–Lo bueno de la caja que me has dado es que, por la noche, puede servirle de casa.

–¡Sin duda! Y si eres bueno te daré también una cuerda y una estaca para atarlo durante el día.

–¿Atarlo? ¡Qué idea más rara!

–Si no lo atas, se irá por donde sea y puede perderse...

Mi amigo empezó a reír.

–¿Y dónde quieres que vaya?

–No sé, a cualquier lado.

Entonces el principito señaló con gravedad:

–¡No importa, mi tierra es muy pequeña!

Y agregó, quizá con un poco de melancolía:

–A donde vaya no puede ser muy lejos.

IV

De esta manera supe otra cosa importante: su planeta era apenas más grande que una casa.

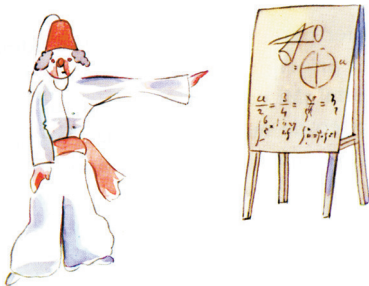


Esto no me sorprendió mucho pues sabía muy bien que además de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, a los cuales se les ha puesto nombre, existen otros muchos, centenares de ellos, tan, tan pequeños, que a algunos es difícil distinguirlos aun con la ayuda de los telescopios. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, “Asteroide 3251”.

Tengo suficientes razones para creer que el planeta del principito era el asteroide B 612 el cual, por medio del telescopio, sólo ha sido visto una vez, por un astrónomo turco en 1909.

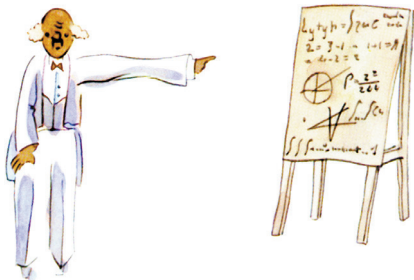


A este astrónomo, aunque demostró su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía, nadie le creyó por su extraña manera de vestir. ¡Las personas mayores son así!



Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco obligó a su pueblo vestir a la usanza europea.

Entonces, en 1920, ante otro congreso, el astrónomo volvió a dar la noticia de su descubrimiento y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.



Si les he contado estos detalles sobre el asteroide B 612 y hasta les he confiado su número, es por consideración a las personas mayores. A los mayores les gustan mucho las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan cosas esenciales como: ¿Qué tono tiene su voz?, ¿qué juegos prefiere? o si le gusta

o no coleccionar mariposas. En cambio preguntan: “¿Qué edad tiene?, ¿cuántos hermanos?, ¿cuánto pesa?, ¿cuánto gana su padre?”. Solamente con estos detalles creen conocerle. Si a una persona mayor le decimos: “Hay una casa preciosa de ladrillos rosas, con geranios en las ventanas y palomas sobre el tejado”, no pueden imaginarse cómo es. Es preciso decir: “Hay una casa que vale tantos millones de pesos”. Entonces exclaman entusiasmados: “¡Oh, qué hermosa es!”.

Si les decimos: “La prueba de que el principito ha existido es que reía, era encantador y quería un cordero”, no lo entienden ni lo creen, aunque “querer un cordero” sea una prueba irrefutable de existencia; las personas mayores se encogerán de hombros y nos dirán que

nos comportamos como niños. Pero si les decimos: “El planeta de donde venía el principito es el asteroide B-612”, quedarán totalmente convencidas y no dudarán más, ¡ni modo!, hay que entender que son así. Los niños deben ser muy condescendientes con las personas mayores.

Claro que nosotros, como sabemos comprender la vida, nos burlamos tranquilamente de los números. A mí me habría gustado empezar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

“Érase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo...”. Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real. No me gustaría que mi libro fuese tomado a la ligera.

Siento tristeza al acordarme de mi amigo. Hace ya seis años que él se fue con su cordero y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de recordarlo bien. Tener un amigo es un verdadero privilegio y si uno se olvida de ellos se corre el riesgo de volverse como las personas mayores que sólo se interesan por las cifras y los números. Para evitar esto, he comprado una caja de lápices de colores.

¡Es muy duro, a mi edad, ponerse a dibujar, cuando en toda la vida no se ha hecho más que boas abiertas y boas cerradas a la edad de seis años! Trataré de hacer retratos lo más parecido que me sea posible, aunque no estoy muy seguro de lograrlo. Uno saldrá bien y otro quizá no tanto. En las proporciones me equivoco también un poco; aquí, el principito es demasiado

alto y allá es muy pequeño. Dudo sobre los colores de su traje. Titubeo sobre algo y a veces sale bien pero no siempre. En fin, es posible que me equivoque sobre algunos detalles importantes pero habrá que perdonarme ya que mi amigo no daba explicaciones.

Quizá me creía semejante a él y yo, desgraciadamente, no sé ver un cordero a través de una caja. Es posible que ya sea un poco como las personas mayores. Debo haber envejecido.

Antoine De Saint-Exupéry (Lyon, 1900
– en el mar Tirreno, 1944)

Uno de los más renombrados escritores franceses del siglo pasado. Nació en el seno de una familia aristocrática, pero su condición cambió abruptamente luego de la muerte de su padre. Ingresó a la escuela de bellas artes para estudiar arquitectura, una carrera que no llegó a culminar.

Al iniciar su servicio militar es enviado a entrenarse como piloto. Así, volar se convirtió en una de sus más grandes pasiones, al grado que se le considera un pionero de la aviación. En 1928 se convir-

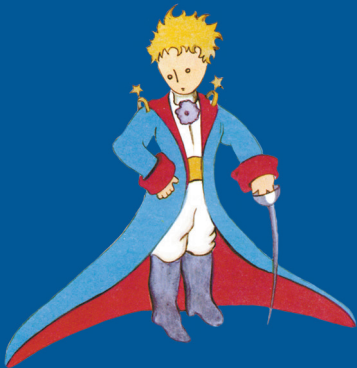
tió en director de un campo de paradas aéreas ubicado en la costa sur de Marruecos, cerca de los límites con el Sahara. Este contacto con el desierto, la soledad de aquel lugar, influirá notablemente en su producción literaria.

Una de las experiencias más sobresalientes del autor aconteció en 1935, cuando él y su mecánico, André Prévot, se estrecharon en el desierto del Sahara. Ambos estuvieron muy cerca de la muerte hasta que un beduino los halló y salvó sus vidas.

El 31 de julio de 1944, a finales de la II Guerra Mundial, el escritor desapareció mientras realizaba una misión de reconocimiento. Piloteaba un P-38 sin armas. Se supone que fue derribado por un avión alemán, aunque otras teorías dicen que se suicidó o quizás simplemente sufrió

un accidente. Su cuerpo nunca fue encontrado.

El Principito, publicado en 1943 y traducido a más de 250 idiomas, nos recuerda las cosas que son verdaderamente importantes en nuestras vidas, aquellas que hemos olvidado mientras crecemos y nos hacemos adultos. Nos recuerda que “lo esencial es invisible a los ojos”.



Ojalá este abrebocas te haga
dar ganas de leer completo este
hermoso libro.

Para que siempre recuerdes que
lo esencial es invisible a los ojos.

confiar[®]
coop

